

La génesis del significado en los defensores de la mente encarnada

Lourdes Cardenal Mogollón

Licenciada en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid / Doctoranda en la UNED
E-mail: lcm1981@hotmail.es

Resumen: Este artículo reflexiona sobre uno de los elementos que permiten al ser humano comportarse como un agente autónomo. Dicho elemento es la capacidad de dotar de significado a los términos y conceptos involucrados en la toma de decisiones. Examinaremos los modelos de Bruner, Lakoff-Johnson, Rosch y Giere.

Palabras clave: significado, mente encarnada, intencionalidad, marco, concepto, prototipo, narración

Abstract: This paper reflects upon one of the elements that allows human being to behave as an autonomous agent. Such an element is the ability to provide meaning to terms and concepts involved in decision-making processes. We will consider the models of Bruner, Lakoff-Johnson, Rosch and Giere.

Keywords: meaning, embodied mind, intentionality, frame, concept, prototype, narrative

1. Introducción

La visión del ser humano como ser capaz de dotar de sentido a su acción, y como agente desde el que brotan pensamientos, decisiones, sentimientos y creencias, parece ser una visión comúnmente aceptada, al menos en el ámbito del vivir cotidiano. Tal es el nivel de aceptación que rara vez, en el transcurso de nuestra vida ordinaria, nos planteamos la posibilidad de que realmente la autonomía adscrita al sujeto no fuera tal, o de que el modo en que se gesta nuestra capacidad para ser agentes llevase implícitas consecuencias prácticas hasta ahora no atendidas.

Es por ello necesario llevar a cabo una labor de inspección de los ámbitos condicionantes del ser humano como sujeto agente, pues sólo de este modo podremos afirmar la autonomía de tal sujeto así como el alcance de tal afirmación. Para ello examinaremos algunas de las distintas posturas que actualmente participan en el debate epistémico sobre la capacidad humana de crear conceptos y la manera en que estos se forman y cambian, ya que si es cierto que el hombre puede constituirse como entidad autónoma y vértice de la intencionalidad, ello sólo podrá llevarse a cabo mediante la adquisición y uso de los conceptos que le permitan tomar las

decisiones propias de un ser auto-determinante.

Esto último no será sino el resultado de demostrar que nuestros estados mentales predisponen a la acción, y que el pensar, enmarcado en un contexto evolucionista, no es sino para la acción, por lo que todos nuestros conceptos y sistemas de conceptos no sólo conformarán una determinada visión del mundo, sino que tal visión del mundo nos situará en una determinada perspectiva en el mundo y para el mundo (con las connotaciones prácticas que esto conlleva).

2. El modelo de Bruner

Jerome Bruner es uno de los autores que van a darse cuenta del vacío existente en la psicología y la filosofía a la hora de explicar la constitución de la significación del lenguaje. Este vacío se debe, según sus aclaraciones, a la influencia que durante muchos años ejerció la concepción funcionalista de la mente en los distintos pensadores, una influencia que postula los ideales de reduccionismo y materialismo para todo pensar acerca del lenguaje y el significado.

En este sentido, Bruner destaca las aportaciones de autores que como Searle y Ch. Taylor, quienes intentaron desembarazarse de

las premisas funcionalistas y adentrarse en la explicación de la mente como entidad compuesta por estados intencionales y actitudes proposicionales.

La tarea de Bruner será precisamente la de rehacer el puente entre mundo y mente que el mentalismo de Searle dejó sin construir. Se tratará por tanto de unificar las teorías externalistas, que hacían de la tercera persona y del ámbito del discurso la base de la significación, con las teorías mentalistas, que ven indispensable contar con la capacidad humana de creación y constitución de significados.

Bruner ha aprendido las lecciones del pragmatismo y así entiende que el significado no es un valor absoluto sino que puede variar y de hecho varía, y que es este carácter dinámico lo que hace que la comprensión de cómo conocemos y por qué se vuelva fundamental:

“no hay una única forma de construir el significado, y adoptar una manera u otra dependerá de cuál sea la mejor manera de hacer frente a los cambios y fracturas que se han convertido en un rasgo característico de la vida moderna.” (Bruner 1990)

Bruner considera que la significación procede de una necesidad humana de dotar de sentido a lo que ocurre. Esto se lleva a cabo mediante la utilización por parte de los sujetos de un cierto modo de estructurar la realidad y todo acaecer en forma de narración. Esta se caracteriza por su secuencialidad, su indiferencia fáctica, su peculiar forma de enfrentarse a las desviaciones de lo canónico y su carácter dramático. La narración actúa así como el puente que permite unir mente y mundo; esto lo comprenderemos si profundizamos en sus características y modo de presentar los contenidos.

Respecto a la primera de estas características, su secuencialidad, debemos decir que las narraciones cuentan con ciertos componentes (la sucesión de pensamientos, acontecimientos, personajes...), pero que éstos no son los que dotan de significabilidad a la narración. El núcleo de la significabilidad de la narración radica en su trama o fábula. Esto es, en el lugar que ocupan en la configuración global de la totalidad de la secuencia. En último término, nos vemos abocados a la necesidad de un doble movimiento del pensar:

“tenemos que captar la trama que configura la narración para poder dar

sentido a sus componentes, que hemos de poner en relación con la trama. Pero la configuración de la trama debe, a su vez, extraerse a partir de la secuencia de acontecimientos” (Bruner 1990: 56)

La segunda de las características de las narraciones como estructuras que dotan de significado a lo que el sujeto percibe del mundo exterior es que lo que determina la significación de la trama no es la verdad o falsedad de sus oraciones, sino la secuencia global de las mismas. De este modo, las narraciones pueden ser reales o imaginarias, sin por ello perder su capacidad explicativa y su significación. Esta secuencia global supone una cierta estructura o modo de desarrollarse la narración que es común a todas ellas. Bruner, a este respecto, subraya el peso ejercido por la tradición y las convenciones a la hora de transmitir una misma estructura narrativa, pero va más allá y considera que el fundamento último de la estructura explicativa de la realidad, que toma su forma en las narraciones, se debe a una “disposición natural” a organizar la experiencia de forma narrativa. Esta disposición natural, aunque Bruner no lo diga abiertamente, tendría como motor la intencionalidad, ya que es al fin y al cabo el deseo de captar lo externo lo que provoca que se originen narraciones explicativas. Esto es una conclusión a la que no es difícil llegar si tenemos en cuenta que, para Bruner, la función de la narración es la de interpretar el mundo. El puente toma su forma así como entidad simbólica que usa la mimesis no como copia de la realidad, sino como metáfora o interpretación de ella.

Bruner entiende que la psicología popular se basa en una amplia serie de “significados negociados”. Estos configuran la red de conceptos convencionales que todos los sujetos de una determinada cultura comparten y que permiten la comprensión e interpretación de sus actos de habla. De este modo, todos contamos con una serie de estereotipos de cómo debemos comportarnos ante una determinada situación y en un determinado contexto. Sin embargo, los significados están continuamente cambiando, o frecuentemente acontecen hechos o situaciones que no se amoldan a las situaciones usuales o esperables. Ante estas circunstancias el hombre debe contar con un método que le permita desenvolverse adecuadamente ante esta nueva situación. Este método son las narraciones, mediante las cuales las nuevas situaciones serán

interpretadas y se las dotará de significado haciéndolas de este modo comprensibles. La función de la historia es así, en palabras de Bruner:

“encontrar un estado intencional que mitigue o al menos haga comprensible la desviación respecto al patrón cultural canónico. Este objetivo es el que presta verosimilitud a una historia” (Bruner 1990: 61)

El último de los rasgos de la narración es su carácter dramático. Este supone la existencia de seis elementos en toda narración: un actor, una acción, una meta, un escenario, un instrumento y un problema. El problema supone la existencia de un desequilibrio entre cualquiera de los elementos anteriores y es por tanto aquello que motiva la interpretación y comprensión de la situación. El dramatismo o la existencia de problemas en las narraciones conllevan un cuestionamiento de la moral, ya que toda historia tiene unos principios prácticos como fondo, y si se produce un desequilibrio entre sus elementos es porque esta moral debe ser revisada. Por ello, las narraciones “son exploraciones de los límites de la legitimidad” (Bruner 1990: 62).

Bruner nos habla de que la función de las narraciones es crear ciertos marcos que permitan no sólo la construcción y comprensión del mundo, sino también la comunicación. La elaboración de narraciones supone así la construcción social de una memoria cultural, la creación de una base sobre la que el diálogo y la discusión sean posibles, en tanto que se comparten una serie de coordenadas semánticas. Estas coordenadas son una serie de marcos más amplios y generales que irán incluyendo todas las narraciones que el sujeto vaya configurando permitiendo así la constitución de una hipernarración que, si bien no estará exenta de complejidades e incoherencias, no por ello impide que se dé un cierto trasfondo sobre el que construir cualquier significación de toda situación que se presente.

Esta configuración de sentido no se dará de modo literal, puesto que como ya vimos la fuerza interpretativa de la narración y de los marcos en los que estas se engloban no es su carácter de copia de la realidad, sino su capacidad de dotar de significado mediante la metáfora, los tropos, las imágenes visuales y las estructuras compartidas entre los variados acontecimientos. Los límites de estos marcos son los límites de nuestra comprensión, de ahí que donde hallemos narraciones globales o estructuras amplias cuyas razones queden

sin explicar será donde encontremos los límites de nuestra dotación de sentido; en lo excepcional sin origen se encuentran las fronteras de nuestra capacidad de explicación de la realidad y las exigencias de cambios en nuestros sistemas de valores y conceptos.

Lo que Bruner viene a decirnos es que sólo podremos comprender los principios que rigen la interpretación y elaboración de los significados, en la medida en que seamos capaces de especificar la estructura y coherencia de los contextos más amplios en que se crean y transmiten significados específicos. Bruner tiene razón en esto, pero no es sólo la estructura y la coherencia de estos marcos los que nos darán la clave de la elaboración de los significados, sino que es precisamente en los límites de esta estructura y coherencia donde encontraremos los mecanismos que regulan la dinámica de los conceptos y la transformaciones de los sistemas de valores de una cierta cultura, esto es, donde encontraremos la fuente de la intencionalidad y la praxis humana.

Para ello será necesario emprender la ingente tarea de esclarecer cómo el ser humano crea estos marcos y narraciones y qué elementos intervienen en su constitución. Bruner también considera éste como uno de los pasos necesarios para entender la configuración del significado y centra su propuesta en analizar las primeras etapas en el proceso de adquisición de significados.

Las palabras no dejan de ser símbolos en el sentido de Ch. S. Peirce, quien diferenciaba entre *iconos*, que mantienen una relación de semejanza con lo representado, como los mapas; *índices*, que entablan una relación indirecta y contingente con lo representado, tal como el humo que es indicio del fuego; y *símbolos*, cuya relación con lo representado depende de su lugar y relaciones en un sistema convencional de significados independientes de la realidad representada, tal como es el lenguaje. Por ello, no se comprende que los significados de las palabras puedan ser captados directamente, ya que (como corresponde a todo símbolo) no existe una relación directa entre ellos y lo que representan; debe existir por tanto algún modo de que las niños aprendan el significado de las palabras sin tener que recurrir a otros significados primitivos.

La propuesta de Bruner se fundamenta en tres postulados:

- 1) El lenguaje se adquiere utilizándolo, así, aprender una lengua, es aprender a hacer cosas con las palabras, tal como Austin defendiera.
- 2) Determinadas funciones o intenciones comunicativas están muy bien establecidas antes de que el niño domine el lenguaje formal con el que puede expresarlas lingüísticamente.
- 3) La adquisición del lenguaje es muy sensible al contexto; lo que quiere decir que el progreso es mayor cuando el niño capta de un modo pre-lingüístico el significado de aquello de lo que se está hablando.

Todo esto no puede sino recordarnos el problema ya viejo del Trasfondo local y biológico del que Searle (1991, 1992) nos hablaba. La diferencia estriba en que, mientras que en Searle encontrábamos un círculo vicioso que era incapaz de establecer el puente entre mente y mundo (ya que no era capaz de explicar cómo se generaba el Trasfondo local ni el modo como el Trasfondo biológico se relacionaba con el mundo), en Bruner todos estos elementos dejan de ser entidades o pre-significaciones mentales para pasar a ser disposiciones funcionales y, por lo tanto, para ser fuerzas pragmáticas que relacionan al sujeto con el mundo circundante.

De este modo, el aprendizaje del lenguaje como aprender el uso de los términos es la consecuencia de una necesidad biológica que parte del resultado evolutivo de la especie humana. La evolución le ha enseñado a nuestra especie que buscar las causas resulta útil, que pedir es pragmático, que señalar da resultado, y todo ello comienza haciéndolo de modo pre-verbal. Los niños siguen señalando los objetos que desean, lloran exigiendo comida, buscan con la mirada la mano que lanzo la pelota... todos estos recursos vienen codificados en su genética del mismo modo que están codificados en la genética de los mamíferos superiores (mi perro también llora si tiene hambre y me dirige a su comedero para mostrarme que está vacío, también mira mi mano esperando que le tire la pelota, y llora cuando quiere salir a la calle indicándome su deseo). Existe, pues, una disposición para el significado en todos ellos; sin embargo, y tal como Bruner reconoce, esto no quiere decir que las formas lingüísticas "crezcan" de las prácticas pre-lingüísticas (Bruner 1990: 82). Lo que se está diciendo es que la existencia de este trasfondo pre-lingüístico permite el

desarrollo y comprensión de ciertas categorías como las de agente, referente, objeto, acción, poseedor y posesión, categorías que el niño puede relacionar con los sonidos que los adultos repiten insistentemente ante ciertas pautas realizadas por el niño. La capacidad de reproducir fonológicamente estos sonidos es lo que permite que el niño comience a usar el lenguaje para lograr sus metas (tal como su impulso biológico le exige) y, como consecuencia de ello, vaya interiorizando las relaciones que se dan entre sonidos, contextos en los que se usan y resultados de su uso.

La estructura básica que el niño aprende en la praxis respecto a las acciones y consecuencias se convierte pronto en la estructura general que sirve para dar significado y ordenar la experiencia, y esta estructura general no será sino la estructura narrativa.

Bruner considera que, además del modo de pensamiento narrativo, el ser humano contará también con una modalidad lógico-científica, que consiste en un modelo matemático formal de descripción y explicación, mientras que el modelo de pensamiento narrativo, siguiendo a Aramburu (2004), consiste en contarse historias de uno en uno. Al narrar estas historias vamos construyendo significados de modo que nuestras experiencias adquieren sentido. La construcción de un significado surge de la narración del continuo actualizar nuestra historia y de nuestro tramo narrativo. La narración es una actividad humana fundamental que se ve motivada por la necesidad pragmática que encuentra el niño en usar el lenguaje funcionalmente en su vivir cotidiano en el mundo.

El significado deberá por tanto resultar, no una instancia mental particular, sino que será una construcción creada mediante el uso de los términos para poder realizar una comunicación con resultados prácticos en el mundo y creada bajo las coordenadas significativas de las narraciones más generales que sirvan como guía al sujeto.

Por ello, adentrarnos más en la teoría del marco puede resultar clarificador para nuestra investigación. La potencia funcional de los marcos radica en que realizarán precisamente esa doble función de límite conceptual a la vez que de dotadores de sentido para cualesquier concepto que sea forjado y necesite de un espacio lógico que actúe como esquema de coordenadas situacionales.

Para lograr este acercamiento, atenderemos a las voces de varios de los autores que más han desarrollado este campo, Lakoff (2004, 2007) y Rosch (1973, 1975, 1976, 1999).

3. El modelo de Lakoff y Johnson

3.1. Los marcos

Lakoff, en su prólogo a Lakoff (2007), define los marcos como "estructuras mentales que conforman nuestro modo de ver el mundo", conformando de esta manera nuestras metas, planes y modo de actuar. En definitiva, lo que sean nuestros marcos va a ser origen de la intencionalidad del sujeto, son el *para* o *hacia* al que se refiere nuestro habitar en el mundo.

Los marcos funcionan como tales para el resto de conceptos, que se definen en relación a éstos. Pero no es únicamente la esfera conceptual la que se ve alterada por los marcos determinantes de nuestro pensar, sino que este ámbito se ve afectado y afecta a nuestra percepción empírica del mundo. No hay así hiato alguno entre mente y cuerpo, sino que ambos forman una unidad interrelacionada por la experiencia directa del mundo. Esta experiencia tiene un doble sentido, tal como ocurriera en la fenomenología de E. Husserl; hay una intencionalidad que va de la mente al mundo actuando sobre él y transformándolo y, en sentido inverso, del mundo a la mente, transformador de nuestros sistemas de conceptos y constituyente de los marcos y modelos que ordenen nuestro pensar.

La diferencia que encontramos en Lakoff respecto de otros empirismos "ingenuos" que hasta ahora habían existido es que la experiencia, si bien continúa siendo la fuente principal de los contenidos y estructuras mentales, no aparece ya como un constituyente directo del pensamiento, ya que (y esa es la novedad que Lakoff incluye) debe antes pasar por el filtro de los marcos ya construidos en la mente del sujeto. Lo que esto quiere decir es que "si los hechos no encajan en un determinado marco, el marco se mantiene y los hechos rebotan" (Lakoff 2007: 39).

Así, mientras que para autores tan diferentes como W. O. Quine, H. Putnam, J. Habermas o incluso K. Popper, la experiencia y el diálogo van modificando por sí mismos nuestras ideas y acercándonos a la verdad, para Lakoff la influencia de la experiencia y de la información que recibimos está condicionada por nuestros conocimientos

previos, llegando al punto incluso de que ignoremos y olvidemos ciertos hechos si no logramos que adquieran significado y coherencia con nuestra red de saberes previos, esto es, con la imagen que ya hemos dibujado del mundo.

Esto no significa que los marcos o conceptos ya adquiridos sean inamovibles, pero sí supone que los marcos son férreos y que, para modificarlos, es necesario un considerable y continuo esfuerzo del exterior.

¿En qué consisten estos conceptos y marcos?, ¿cómo se forjan y cómo se transforman? Estas son algunas de las cuestiones que nos interesan contestar y que otras perspectivas y posiciones filosóficas habían sido incapaces de responder satisfactoriamente.

La idea que Lakoff tiene de la mente y la razón (y por tanto de sus diversos componentes, entre los que se encuentran los marcos y los conceptos) es muy distinta de la idea general que se desprende de la tradición filosófica racional hasta ahora imperante. Su propuesta puede quedar definida en tres puntos que él mismo enuncia en la conversación mantenida con John Brockman en Brockman (2001) a propósito de su obra "Philosophy in the flesh". Estos puntos son los siguientes:

- 1) La mente es inherentemente incorporada.
- 2) El pensamiento es mayormente inconsciente.
- 3) Los conceptos abstractos son fundamentalmente metafóricos.

Muñoz Gutiérrez (1999) sugiere una serie de cambios que estos tres principios disponen sobre nuestra concepción de la razón humana. Ante todo, considerar que la mente es inherentemente in-corporada supone afirmar que nuestro sistema conceptual y nuestros métodos racionales son creados por los mismos mecanismos neuronales que nos permiten movernos y percibir el mundo. De hecho, la razón, lejos de ser una entidad con una naturaleza diferente de nuestro cuerpo, no es sino parte del mismo y resultado de él. La razón se ve conformada según sean nuestras experiencias corporales.

Esta razón aparece como resultado de un largo proceso evolutivo, tal como afirmara Bruner. Aunque Lakoff no nos habla de disposiciones biológicas innatas en el ser humano, debemos dar por hecho que el código genético, en tanto que se inscribe en la corriente evolucionista, debe tener algún

peso en su teoría, y por ello, aunque pareciera que recurre a la experiencia como única fuente de la construcción de la mente, no es descabellado pensar que también debe aceptar la existencia de una intencionalidad inicial propia de cualquier organismo, sobre la que los contenidos y estructuras que se perciban del mundo actúen. Si no, no podría explicarse el hecho de que el hombre sea capaz de desarrollar la capacidad de manejar la información procedente del exterior para crear así los conceptos y marcos que estructurarán su comprensión de la realidad.

Del mismo modo que para Bruner no era posible atender a una comprensión directa de los significados (puesto que esto supondría el problema de tener que recurrir a significados innatos más primitivos en la mente del hombre) pero sí a una comprensión pre-lingüística y funcional de ellos que iría conformando la estructura narrativa y determinando desde el manejo continuo de la realidad las categorías básicas de agente, objeto, sujeto, causa y posesión (entre otras), apela Lakoff a una comprensión también pre-lingüística de la realidad cuyos contenidos serán las experiencias espaciales, temporales y sensoriales que el sujeto adquiere al tratar con el mundo y en él. De esta experiencia no surgen los significados literales, sino significados metafóricos, compuestos de aquellos elementos adquiridos en el proceso experiencial, las imágenes y las estructuras espaciales. De ahí que los primeros conceptos que el hombre desarrolla no sean conceptos lingüísticos, sino metafóricos.

Puesto que estos conceptos no se desarrollan con un interés cognitivo, esto es, con la mera finalidad de desarrollar un lenguaje, sino por una necesidad biológica (la de ser capaz de desenvolverse uno lo mejor posible y con el mínimo esfuerzo en el contexto situacional en el que esté ubicado), estarán cargados de intencionalidad, y de los sentimientos de aversión o deseo que se produzcan como reforzadores de la aplicación de tales conceptos.

De este modo, los conceptos metafóricos estarán cargados de emociones, lejos de ser neutros, como las teorías clásicas suponían. Las emociones, que van vinculadas a los conceptos, dependerán de los logros y fracasos que la utilización y aplicación de tales conceptos conlleven (pues recordemos que el desarrollo del lenguaje, al menos inicialmente, busca lograr ciertas metas y producir ciertos efectos sobre el mundo).

3.2. Las metáforas conceptuales

Lakoff y Johnson (2004) dan una serie de suposiciones respecto al posible fundamento que las metáforas conceptuales pueden tener:

- 1) *La mayoría de nuestros conceptos fundamentales están organizados en términos de una o más metáforas especializadoras.*

Estas son aquellas metáforas que funcionan como marco para el resto de ideas y contenidos mentales. Ateniéndonos a su teoría, esto nos llevaría a afirmar que estas metáforas especializadoras deben ser aquellas que primero se adquieren mediante la experiencia. El marco de nuestros pensamientos estará así formado por metáforas espaciales y categorías básicas como las enunciadas por Bruner (agente, causa, posesión...)

- 2) *Hay una sistematicidad interna en cada metáfora especializadora.*

Esto viene a decir que la función de estas metáforas es la de organizar estructuralmente la experiencia más que dotarla de un contenido semántico. Pero aunque su funcionalidad es la de estructurar, para hacer más comprensible lo dado, esta labor de estructuración mediante metáforas acarrea necesariamente la incorporación de una cierta semántica en aquello que se quiere aprehender, pues el significado icónico, intencional y emocional que vaya adherido a las metáforas estructuradoras pasará a formar parte de la definición pre-lingüística de los conceptos estructurados.

- 3) *Hay una sistematicidad global entre las diferentes metáforas espacializadoras, que define la coherencia entre ellas.*

Con esta afirmación Lakoff da muestras de su creencia en la racionalidad humana como entidad lógica. Sin embargo, esta confianza en la capacidad de dotar de coherencia a los diversos contenidos mentales nos parece excesivamente optimista. La mente, en aras de la eficiencia y la funcionalidad, buscará pragmáticamente dar coherencia a sus contenidos y a sus metáforas espacializadoras. Mas que busque tal coherencia no supone que la encuentre; de hecho, el mismo Lakoff, en obras posteriores, reconocerá la capacidad humana para contener marcos estructurales

divergentes y opuestos entre sí. En referencia a los dos modelos que enmarcan el pensamiento liberal y el conservador de la política estadounidense, y en relación a su definición como "modelo del padre protector" y "modelo del padre estricto" respectivamente, dice Lakoff:

"Todos tenemos los dos modelos, bien activa o bien pasivamente. Los progresistas que pueden entender una película de Arnold Schwarzenegger tienen cuando menos una versión pasiva del modelo del padre estricto junto al modelo protector activo que define su política. Los conservadores que pueden entender el Show de Cosby tienen cuando menos una versión pasiva del modelo protector. Pero mucha gente -a menudo la suficiente para decidir las elecciones- tiene versiones de los dos modelos que utilizan en diferentes aspectos de su vida. Hay padres estrictos en el aula y progresistas en política." (Lakoff 2007: 69)

Esto nos lleva a pensar que a la mente humana no le interesa (en primer lugar y de modo preeminente) la coherencia de sus pensamientos, sino la capacidad de tener un repertorio de marcos lo suficientemente amplia como para hacer uso del marco que se torne como el más efectivo para la circunstancia dada, independientemente de que en otras circunstancias se haya usado o se vaya a usar un marco antagónico con el actual. El fin último de nuestros conceptos es comprender la realidad, pero no para crear un sistema lógico de pensamiento correcto, sino para poder desenvolverse en esa realidad de un modo eficaz y fructífero.

4) *Las metáforas espacializadoras tienen sus raíces en la experiencia física y cultural.*

Esta es una conclusión a la que también nos hemos visto abocados tras examinar otro tipo de propuestas que intentaban fundar la estructuración de nuestras ideas en otras fuentes. De hecho, es la experiencia física y cultural la que, en tanto que organismos biológicos que buscan su supervivencia y han aprendido evolutivamente que la ordenación de la realidad es imprescindible para que tal supervivencia se dé, se presenta como primera en nuestro trascurso vivencial, y es esta primacía experiencial lo que la convierte en origen de nuestra comprensión prelingüística del mundo.

5) *Hay muchas posibles bases físicas y sociales para la metáfora. La coherencia*

dentro del sistema global parece ser parte de la razón por la que se elige una en vez de otra.

No creemos que tenga que darse necesariamente una elección entre distintas metáforas posibles. Más bien, y para que pueda luego ser posible la construcción de los más variados conceptos, creemos que todas ellas son adquiridas como posibles marcos candidatos para la estructuración de la realidad, si bien el uso frecuente de uno o varios de esos marcos sobre otros modelos incompatibles con ellos, harán de ellos marcos activos o fácilmente activables en comparación con los otros marcos estructurales, que quedarán como parte de las herramientas que están a disposición del agente pero que se mantienen pasivas por el carácter poco práctico que para tal sujeto tienen.

6) *En algunos casos, la espacialización es una parte tan esencial de un concepto que es difícil imaginar una metáfora alternativa que pudiera estructurarla.*

El ejemplo que Lakoff da de este tipo de espacializaciones es el de "estatus alto" donde "alto" estructura el concepto de estatus para dotarle de una semántica aprendida mediante la experiencia, al asumir pre-lingüísticamente el sujeto que las alturas son difíciles de alcanzar y conllevan un cierto esfuerzo. "Alto" es así lo que uno desea obtener, y para ello debe requerir un cierto esfuerzo (tal como podría ocurrir también con "una alta formación" o "un alto nivel de inglés").

Sin duda, este tipo de metáforas están muy arraigadas en nuestra cultura, y resultan fáciles de comprender por la conexión que tienen con los valores imperantes en las sociedades en las que se han visto formadas. Pero ello no supone que otro tipo de valores produjesen las mismas relaciones que hacen posibles tales metáforas. Así, "alto", en tanto que basado directamente en las primeras experiencias sensoriales de los individuos, es probable que mantuviera siempre un cierto valor de meta, objeto o estado deseado, y esfuerzo del agente, pero no es tan claro que en cualquier sociedad "alto" se relacione con "estatus", puesto que en el propio concepto de "estatus" que Lakoff analiza va inscrita una serie de valores propios de la sociedad occidental y capitalista que le hacen ser un concepto, llamémoslo "apto", para recibir el adjetivo de "alto", con todos los valores semánticos que a él van sensorialmente

asociados. Las bases competitivas y liberales que marcan nuestra cultura suponen que el estatus sea visto como algo a alcanzar y que es alcanzable mediante el esfuerzo del individuo. En una sociedad donde, sin embargo, predominasen los valores de la igualdad y la equidad por encima de cualquier otro, el estatus no sería visto como algo deseable y que requiriese esfuerzo alguno, y por tanto no se asociaría tal concepto con el de altura. Más bien sería frecuente encontrar otra serie de metáforas como las de "alta igualdad" o "alta humanidad", conceptos que en nuestra sociedad no aparecen sino rodeados de un cierto aura de idealismo y utopía, pues andan lejos de los valores que sustentan nuestros mecanismos y sistemas de relaciones individuo-sociedad.

El concepto de "estatus alto" no es un concepto al que se le aplique estructuralmente la semántica pre-lingüística de la vivencia de lo alto de un modo natural, sino que tal aplicación depende también del propio marco cultural en el que se sitúen los conceptos intervinientes en la discusión. La aplicación de los conceptos basados en nuestras experiencias espaciales dependerá de la intencionalidad que posean los conceptos sobre los que se pretende aplicar el concepto, y de los marcos culturales-intencionales que dotan de intencionalidad a tales conceptos.

Las tres últimas afirmaciones de Lakoff parecen ir más de acuerdo con las ideas que hasta aquí hemos propuesto frente a ciertas características de su teoría que le acercan a posiciones demasiado logicistas (puesto que antepusieron la coherencia ante la funcionalidad), racionalistas (pues creían en la posibilidad de esa coherencia en la razón y estructuración de los contenidos mentales), y en cierta manera acrílicos (pues no tomaban en cuenta las fuentes culturales, y por ello intencionales y preservadoras, de unos determinados valores, atendiendo sólo a las bases sensoriales que influían en la creación de las metáforas constituyentes de los conceptos abstractos).

Estas tres afirmaciones son las siguientes:

7) *Los denominados conceptos puramente intelectuales, por ejemplo, los conceptos de una teoría científica, están a menudo -quizá siempre- basados en metáforas que tienen un fundamento físico o cultural.*

8) *Nuestra experiencia física y cultural proporciona muchos fundamentos posibles para metáforas especializadoras. Cuáles son los elegidos y cuáles se convierten en los principales puede variar de una cultura a otra.*

9) *Es difícil distinguir las bases físicas de las culturales en una metáfora, ya que la elección de una base física entre muchas otras posibles tiene que ver con la coherencia cultural.*

Exceptuando el privilegio que otorga Lakoff a la coherencia como principio regulador y estructurador de las metáforas, al que nosotros antepusimos un principio pragmático y funcional, podríamos decir que el resto de sus tesis nos parecen acertadas y permiten dar una explicación satisfactoria del modo como surge la significación en el ser humano (esto es, de un modo holista, empírico y evolucionista).

Estas metáforas, que vienen cargadas de significado pre-lingüístico (si se basan en experiencias vivenciales básicas tales como el espacio, la causa...) o de significado lingüístico (si se fundan en otras metáforas aprendidas del medio cultural), son posibles en tanto que se van inscribiendo en un marco dotador de sentido y estructurador que Lakoff va a llamar "gestalt experiencial".

Estas gestalts poseen un tipo de estructura adecuada para captar y definir otros conceptos y tipos naturales de experiencia menos concretos. Las narraciones de Bruner dan paso a una serie de estructuraciones de la realidad más amplia, basadas todas ellas, eso sí, en las propias experiencias básicas del sujeto. Estas estructuras constituyentes de significado son producto de nuestros cuerpos, de nuestra interacción con el ambiente físico y de nuestra interacción con la cultura y las personas que la forman.

Estas experiencias estructuradoras ponen de relieve una serie de aspectos o categorías básicas que se hallarán en toda experiencia vivida directamente (permitiéndonos organizarla y comprenderla), y en toda experiencia indirecta (ya sea esta sensorial o lingüística). La diferencia entre experiencias directas e indirectas radica en que, mientras que las primeras pueden identificar y clasificar tales categorías mediante nuestra capacidad pre-lingüística, apelando a nuestra interacción con el mundo, las segundas necesitarán de metáforas especializadoras que permitan

reducir aquello que queremos comprender a experiencias vivenciales básicas.

Los elementos que nuestro autor identifica como categorías básicas surgidas pre-lingüísticamente y capaces de conformar y organizar la experiencia son: participantes, partes, etapas, secuencia lineal y objetivo (Lakoff y Johnson 1994: 122).

A ellas habremos de sumar ciertas dimensiones conformadoras del significado de los sucesos y acontecimientos: actividades motoras, percepciones, relación causal, fines, planes para las acciones y estados finales de nuestra experiencia directa (Lakoff y Johnson 1994: 219).

4. El modelo de Rosch

Este modelo de categorizar la realidad ha sido expuesto con detenimiento por Eleanor Rosch en varios de sus escritos. Tomaremos aquí como referencia la caracterización llevada a cabo por Rosch (1999), donde presenta su nueva propuesta frente a la visión clásica de la categorización y comprensión de los conceptos.

Los principios que fundan su nueva teoría de la categorización son:

- 1) *Los conceptos son el puente entre la mente y el mundo.*

Esta es una tesis que ha sido defendida por la mayoría de las epistemologías trazadas en la historia del hombre: tan solo el cognitivismo estricto, con su solipsismo metodológico, la ha negado. La diferencia entre otras posturas y la de Rosch radica en el hecho de que para Rosch los conceptos no son meramente representacionales (su función fundamental no es la de representar el mundo en la mente humana), sino que son parte activa y participativa de la unidad que conforman mente y mundo, unidad que tiene a la mente como uno de sus polos y al mundo como otro de ellos. El modo como los conceptos y las categorías unen estos dos aspectos de la realidad es mediante la funcionalidad que tienen, esto es, mediante su propio uso.

La postura de Rosch supone hacer del conocimiento y sus herramientas (conceptos y categorías) elementos funcionales del mundo.

- 2) *Los conceptos y las categorizaciones sólo existen en situaciones concretas y complejas.*

Rosch considera que los conceptos y categorías no existen de modo

independiente de la experiencia: siempre se dan en entidades o situaciones particulares, pero estos objetos o acontecimientos, lejos de poderse estudiar de un modo objetivo y al margen de cualquier otra realidad, deben ser estudiados como parte de una compleja red de significados, que tanto de un modo experiencial directo como por medio de otros conceptos, dotan de su sentido al objeto/situación a estudiar. Todo ello es el resultado de un darse los conceptos insertos en un cierto contexto y de un modo vivencial. Los conceptos forman parte de una situación dinámica en la que se encuentran como elementos participantes: son conceptos encarnados; de ahí que, lejos de ser neutros, estén relacionados con las esferas emotivas, interpretativas e intencionales del ser humano.

- 3) *Las leyes causales deben ser un solo conjunto capaz de explicar el todo formado por la mente y el mundo.*

Si se quiere poder afirmar, tal como Rosch y Lakoff hacen, el carácter intencional de los conceptos y la naturaleza práctica y funcional de las categorías, debe poder hallarse una base común para el mundo y la mente, sin que esto suponga reducir la intencionalidad a mecanicismo o ingeniería, y sin que se dé una negación de uno de los dos aspectos (el mental o el material).

Tal intento ha sido llevado a cabo por numerosos pensadores (Putnam, Davidson, Searle...), aunque siempre acababan por reducir una de las esferas a otra o por hacer de ellas campos totalmente separados e incommunicables.

Encontramos en Bruner y en Lakoff las posturas que mejor pueden dar cuenta del modo en que mente y mundo se afectan mutuamente (aceptando la existencia de un ámbito pre-lingüístico que podía funcionar como primer estructurador, posibilitador de una metodología que fuese capaz de dotar de significado a los términos que se fuesen aprendiendo), si bien Rosch está en lo cierto al afirmar que a este respecto es aún mucha la tarea que queda por hacer.

- 4) *Novedad.*

Puesto que los conceptos no son ya representaciones mentales, sino partes participativas del mundo, estos tendrán una flexibilidad que les permita cambiar e innovarse a sí mismos. Así, para obtener los fines comunicativos, prácticos y cognoscitivos que propios de los conceptos, los sujetos harán uso de la invención, la

transformación de los conceptos y la creación de nuevas metáforas explicativas y organizadoras de la realidad.

5) *Base no conceptual.*

Lo vivido es base de lo conceptual. Sólo de nuestras experiencias básicas puede surgir la significación, y en todo concepto se mantiene este fundamento empírico para dotarlo de sentido.

Además de los aspectos orientacionales, motores, emocionales y metafóricos con los que todo concepto cuenta, debemos asumir un aspecto *icónico* (tal como Bruner defendía) en los conceptos.

Esta imagen que todos poseemos de cada concepto no es una imagen bien definida, sino que será, en términos de Rosch, un *prototipo*. Este prototipo poseerá los rasgos más definitorios, pero los límites del concepto serán flexibles, de tal modo que lo que consideremos característico de cualquier prototipo particular podrá ir cambiando a medida que se den nuevas experiencias perceptivas.

Rosch considera que lo que debe darse es un cierto "parecido de familia", que cuadrará más o menos con el prototipo.

5. El modelo de Giere

A este respecto, no debemos olvidar las aportaciones de Giere (2004, 2006: 59-95, 2010), uno de los autores más destacados a la hora de hablar de modelos mentales. Tal autor realiza un detallado estudio del papel que los modelos o prototipos tienen en el conocimiento humano. Estos modelos son para Giere fundamentalmente esquemáticos, son imágenes construidas por el hombre (tanto de modo mental como material) para representarnos y comprender mejor aquello que buscamos entender.

Si bien es cierto que su labor se centra fundamentalmente en el ámbito de la filosofía de la ciencia y en la importancia que tales modelos tienen a la hora de elaborar el conocimiento científico, creemos que algunas de sus ideas son extrapolables al ámbito del lenguaje mismo y del pensamiento que funciona como base de tal lenguaje.

De este modo, los modelos esquemáticos y pictóricos que sirven para representar la realidad científica serían semejantes a los prototipos mentales que los individuos poseen acerca de las cosas más comunes y la función, tanto de los modelos como de los prototipos, sería la misma; permitirnos el reconocimiento de aquello que

se nos presenta en la experiencia para una mejor comprensión de la realidad, comprensión que no tiene como fin último sino su control y nuestra habilidad para saber manejarnos lo mejor posible dadas unas ciertas circunstancias.

Los modelos, para Giere, son siempre modelos *para* algo, y en ese sentido pragmatista entienden también Bruner, Lakoff y Rosch los marcos y prototipos. Su estructuración bien podría ser de otro modo, pero es la que es (y esto significa que resalta unas ciertas características sobre otras y que ordena los elementos en una cierta estructura narrativa/lineal), puesto que obedece a unos determinados fines prácticos y no otros.

También los modelos de Giere suponen el hecho de que no buscan reflejar la realidad tal cual es, como si se hiciera un escáner fidedigno de ella, sino que su estructura y ordenación ignorarán ciertas características de aquello que se representa, y se subrayarán otras, para permitir una cierta comprensión que responda a la intencionalidad que motivó la representación del modelo.

Lo que estamos sugiriendo es que nuestros prototipos mentales no son reflejos de la realidad o recuerdos exhaustivos de aquello que consideramos un modelo fiel de lo que queremos representar, sino que son construcciones mentales en gran parte icónicas, esquemáticas y dinámicas, donde ciertos aspectos toman mayor fuerza, por ser pragmáticamente más relevantes que otros aspectos, que se verán mitigados en nuestra elaboración mental llegando incluso a no formar parte de ella.

6. Discusión sobre los modelos

Volviendo a Lakoff, diremos que el problema de su teoría era que no hacía una fundamentación de sus ideas. Las dimensiones que participan en la categorización pueden ser aceptadas en tanto que forman parte de un proyecto naturalista y empirista. Aun así, uno puede perfectamente cuestionarse por qué han de ser tales dimensiones y no otras las que ordenen la experiencia.

No creemos que deban ser necesariamente esas y sólo esas las dimensiones que participan en la estructuración de la realidad. De hecho, creemos que son más de las que Lakoff dice. En realidad consideramos que todos aquellos conceptos que ya se han ido formando en el individuo (bien sea pre-lingüísticamente o

bien sea de modo lingüístico y cultural) ayudarán a elaborar y dotar de significado a los nuevos conceptos que vayan apareciendo.

En este sentido, no puede darse un conjunto exacto de los elementos y significados que participan en la elaboración de un concepto, puesto que tales elementos dependerán de las experiencias particulares ya vividas por el sujeto.

En cualquier caso, la explicación de Bruner acerca del modo en que el ámbito pre-lingüístico ayuda a conformar y adquirir los conceptos más básicos puede servir como complemento de la teoría de Lakoff, siempre y cuando entendamos esta última como una teoría que no puede dar explicaciones universales, sino ajustada a cada individuo.

Pero la teoría de Lakoff también consideraba como fundamental la existencia de un marco o sistema de coordenadas que posibilitara la comprensión e interpretación de los nuevos conceptos.

Es esta hipótesis la que a nuestro parecer deja Lakoff sin fundamentar y la que toma como un *factum*, sin cuestionarse su verdad. Por ello, consideramos que el conexionismo y su modelo mental pueden posibilitar la comprensión de la naturaleza y funcionamiento de tales marcos.

En realidad lo que hacemos es retomar la idea de Searle de una red de significados en la mente humana, pero explicando más profundamente el mecanismo de tal red.

La idea es la siguiente:

Los conceptos pueden proceder o bien del ámbito pre-lingüístico (tales como las ideas de objeto, sujeto, deseo e intención, causa...) o bien son aprendidos del contexto socio/cultural (mesa, silla, perro...). En el segundo caso, los conceptos son aprendidos mediante la asociación que se produce entre el término, la imagen del objeto que se está indicando y los conceptos básicos surgidos del ámbito pre-lingüístico. Poco a poco, y a medida que se vayan adquiriendo más conceptos, se dispondrá de más matices para dotar de significado a los nuevos términos que vayan surgiendo.

A la hora de dotar de significado a un nuevo término el individuo hará uso de todos los conceptos que haya en su red, asociando o disociando el nuevo elemento con los significados ya existentes, y creando una determinada interrelación del nuevo concepto con su red de significados.

No será únicamente que, para la elaboración de un concepto, participen todos los núcleos de significado existentes ya en la mente del individuo, sino que el nuevo

concepto no poseerá su carga semántica contenida en un núcleo singular, sino que estará distribuida entre todos los núcleos semánticos que hayan participado en la elaboración del concepto. Será así el conjunto de núcleos (en tanto que conjunto de relaciones, nunca de particulares) lo que permita construir el significado de un término. *Término* quedaría así definido como la preferencia lingüística empleada para nombrar una determinada estructura relacional en la que los elementos a relacionar no son sino relaciones previas acuñadas por la experiencia vivencial del sujeto. Un concepto sería por tanto el contenido que queda englobado bajo un término, esto es, una determinada estructura relacional de relaciones primitivas.

Quizás sea esto lo que más difiera de la concepción de la red de significados que Searle proponía puesto que, para él, los conceptos mantenían su individualidad y ocupaban un lugar muy determinado de la red. En cambio, la propuesta que el conexionismo presenta hace de los significados entidades no localizadas, cuyo significado queda distribuido siendo precisamente el modo en que está distribuido (el conjunto de núcleos activados y desactivados que dan lugar al significado) lo que le otorgará su singularidad ante el resto de significaciones.

Es cierto que, en último término, los significados se reducirían según este modelo al ámbito pre-lingüístico, pero los conceptos que se han ido forjando adquieren su propia riqueza semántica en tanto que son combinaciones cada vez más complejas tanto de las significaciones básicas como de las elaboradas.

Aunque recurrir a tal ámbito originario es sin duda esclarecedor (en el sentido de permitirnos examinar las ideas básicas que lo forman), no debe ser el único modo de atender al significado de un concepto, pues lo que realmente dicta su contenido semántico es la particularidad de la combinación de otros significados que le dotan de identidad y semántica propia en la red de significados mentales de un determinado sujeto.

El marco no es sino el conjunto de conceptos que se activaron y que permitieron elaborar un concepto. Este conjunto de conceptos es reactivado cada vez que el concepto es pensado, permitiéndonos reubicarlo y llenarlo, cada vez que es traído a colación, de su significado por interrelación.

La fuerza de la metáfora y de la narración como métodos de comprensión de la realidad radica en el modo en que economizan esta inserción de los nuevos participantes de la red en su totalidad, ya que los elementos significativos con los que los nuevos contenidos son enlazados son directamente aquellos que están a la base de los significados mentales.

Esto no sólo supone economizar energías, puesto que se evita tener que pasar por muchos de los niveles en los que los más diversos significados han quedado elaborados, sino que además otorga una mayor comprensión intuitiva de los conceptos, aunque para una comprensión exhaustiva de ellos deba rehacerse la significación y proceder a interrelacionarlo con nuevos conceptos no-básicos. Lo cierto es que como primera aproximación a la captación del significado de un nuevo concepto la mente recurre al modo más práctico, tanto por la fuerza y claridad de los elementos básicos con los que quedará relacionado, como por la rapidez y camino directo que para el pensar esto supone.

Por ello, el marco inicial en el que suelen quedar situados los conceptos es pre-lingüístico, a pesar de que, como ya hemos dicho, posteriormente el dinamismo del sistema permita una reelaboración más detallada de tales entidades mentales.

Para cuestionarnos por el marco de cualquier concepto, creemos que deben ser tres las preguntas que deban responderse:

- 1) ¿Cómo es la red del individuo en el que se va a forjar el concepto?
- 2) ¿En qué contexto se aprende el concepto?
- 3) ¿Qué elementos de la red semántica son activados para elaborar el concepto?

La primera de las cuestiones es fundamental pues de ella dependerá que cada uno de los otros significados ya asumidos por el sujeto vaya a ser adecuado para dotar de sentido al nuevo concepto o no. Sin embargo, queda fuera de nuestra investigación realizar el mapa de un individuo particular. Así podemos decir que los problemas que encontraban Wittgenstein, Austin y Searle, a la hora de explicar los actos de habla y la imposibilidad de dar recetas universales que explicasen el significado de los términos, tiene mucho que ver con esta cuestión, puesto que el contenido semántico de las palabras variará en cada sujeto según haya sido la historia de la construcción de su red de significados.

La propuesta aquí expuesta parte de una base pragmatista. Es decir, el sujeto aprende a ver ciertas categorías en el mundo y, al aparecer elementos nuevos a comprender, éstos se construyen partiendo de las categorías aprendidas. Como ya hemos dicho, las primeras categorías que se aprenden pre-lingüísticamente son las categorías básicas adquiridas por manipulación y contacto con el mundo. Son categorías pragmáticas, y todo nuevo elemento a categorizar se presentará en un contexto físico que sin lugar a dudas compartirá esas categorías (si no fuese así la experiencia se situaría en una clase de universo paralelo o realidad paralela donde las leyes físicas y el modo de comportarse de la realidad fuese diferente del mundo que conocemos). Es por ello que tales categorías serán el marco en el que se construirá inicialmente todo concepto, pues estas categorías básicas son las más intuitivas y las que directamente aparecen al intentar ordenar una determinada experiencia.

Pero, en segundo lugar, encontramos el contexto lingüístico en el que se van a desenvolver los conceptos, y éste, desde luego, tampoco va a ser neutro.

Este modo de llevar a cabo el acto de habla de los términos, es decir, de situar al concepto en la dinámica de un lenguaje vivido, marca el significado del concepto.

Este marcar el significado del concepto se realiza de un modo muy particular. Basándonos en el conexionismo, es ahora comprensible que se dé este condicionamiento por parte de la "envoltura" lingüística de un nuevo significado.

La forma en que esto ocurre supone que, al captar el sujeto el modo como un término es usado, aprende no sólo el significado establecido por la sociedad de la expresión, sino que adquiere además las relaciones establecidas entre tal término y el resto de términos que participan en su uso.

Puesto que algunos de esos términos son conceptos básicos que el sujeto ya debe conocer, al enfrentarse ante un acto del habla en el que se den nuevos los términos, se comenzará por reconocer los conceptos ya interiorizados en la red de significados y, partiendo de ellos, se procederá a dotar de significado aquellos otros conceptos cuyo sentido aún no esté reconocido.

Estos conceptos son básicos por cuanto hacen referencia bien a categorías básicas de la experiencia (consecuencia, acontecimiento, cambio), o bien porque remiten a sensaciones que todo sujeto tiene de modo natural y por tanto aprende a

relacionar con el término que las identifica tempranamente.

La tercera de las preguntas que debíamos plantearnos (la de qué elementos se veían activados en la red al darse el concepto) queda respondida mediante lo dicho, pues los elementos que se activan son inicialmente aquellos que vienen dados en la experiencia del término (elementos procedentes tanto del entorno físico como del lingüístico). Una vez activados unos ciertos elementos percibidos de la realidad, se establecerá el resto de conexiones con el resto de significados que van entrelazando los significados implicados en la elaboración del concepto.

Los elementos físicos tomados de la experiencia, así como de las imágenes que abarrotan televisores y periódicos permiten estructurar y categorizar la realidad según ciertas dimensiones básicas de la experiencia, las características extraídas de tales imágenes actuarán como marco del mismo modo que la activación de ciertos términos ya adquiridos en la red de significados transmitirán su sentido a los diferentes conceptos

7. Conclusión

Para terminar, debemos anotar que no sólo los conceptos dotan de significado a nuestros términos; hemos visto que las imágenes serán fundamentales para extraer rasgos básicos de su experiencia. También forman parte de la esfera pre-lingüística del sujeto aquellos sentimientos que surgen de modo espontáneo.

El significado de los conceptos resultan ser así la totalidad de significados

(lingüísticos y pre-lingüísticos [imágenes y sentimientos]) que se ven activados ante el surgimiento de un cierto estado del mundo o ante la aparición de un determinado término.

Aristóteles veía en la determinación de la voluntad el elemento posibilitador de la acción humana, en tanto que motor para la libre ponderación, selección y firme ejecución de las decisiones:

“es preciso también que el hombre actúe de un modo determinado: ante todo, que actúe a sabiendas; en segundo lugar, que proceda en razón de una decisión consciente y que prefiera esa acción por sí misma; finalmente, que actúe desde una disposición firme e inquebrantable.” (*Ética a Nicómaco*, II, 1105a, 28-33)

Pero para que se dé esta determinación de la voluntad es necesaria la decisión consciente, la cual sólo puede lograrse mediante la comprensión de la situación, es decir, siempre que el ser humano tenga la posibilidad de captar la significación de los términos y entidades involucrados en la situación sobre la cual se ha de decidir.

La importancia que ya Aristóteles otorgó a la significación como elemento imprescindible para conformar al ser humano como agente autónomo encuentra en las teorías aquí expuestas una base explicativa, una respuesta al cómo es posible la significación, quedando así abierta la vía que pueda llevar a cabo una comprensión del ser humano como ser capaz de fundar en sí mismo el sentido de su pensar y de su acción.

Referencias

- Álvarez Rodríguez, A. (2002) Propiedades nucleares de los fenómenos mentales según Searle: intencionalidad, subjetividad, semántica. *Revista de filosofía*, 27(2), pp. 389-417.
- Aramburu, M. (2004) Jerome Seymour Bruner: De la percepción al lenguaje. *Revista Iberoamericana de Educación*. On-line. URL = <http://www.rieoei.org/deloslectores/749Aramburu258.PDF>
- Aristóteles (2001) *Ética a Nicómaco*. Madrid: Alianza.
- Austin, J. (1962) *Cómo hacer cosas con las palabras*. Barcelona: Paidós
- Brockman, J. (2001) Philosophy in the flesh. A talk with George Lakoff. *A parte Rei*, 14. On-line. URL = <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/interview.pdf>
- Bruner, J. (1990) *Actos de significado*. Madrid: Alianza.
- Bruner, J. (2004) Life as narrative. *Social Research*, 71(3), pp. 691-710.
- Davidson, D. (1992) *Mente, mundo y acción*. Barcelona: Paidós

- Davidson, D. (2003) *Subjetivo, Intersubjetivo, Objetivo*. Madrid: Cátedra.
- Fodor, J. (1984) *El lenguaje del pensamiento*. Madrid: Alianza.
- Gardner, H. (1996) *La nueva Ciencia de la Mente. Historia de la Revolución Cognitiva*. Barcelona: Paidós.
- Giere, R. (2004) How models are used to represent reality. *Philosophy of Science*, 71(5), pp. 742-752.
- Giere, R. (2006) *Scientific perspectivism*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Giere, R. (2010) An agent-based conception of models and scientific representation. *Synthese*, 172(2), pp. 269-281.
- Hierro-Pescador, J. (2005) *Filosofía de la mente y de la ciencia cognitiva*. Madrid: Akal.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (2004) *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.
- Lakoff, G. (2007) *No pienses en un elefante*. Madrid: Universidad Complutense.
- Muñoz Gutiérrez, C. (1999) Philosophy in the Flesh. The embodied mind and its challenge to western thought. George Lakoff y Mark Johnson. *A parte Rei*, 5. On-line. URL = <http://serbal.pntic.mec.es/~cmunoz11/flesh.pdf>
- Navarro Reyes, J. (2007) Promesas deconstruidas. Austin, Derrida, Searle. *Thémata. Revista de filosofía*, 39, pp. 119-125.
- Putnam, H. (1975) The meaning of "Meaning". *Philosophical Papers, Vol. 2: Mind, Language and Reality* (pp. 215-271). Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosch, E. H. (1973) Natural categories. *Cognitive Psychology*, 4, pp. 328-350.
- Rosch, E. H. (1975) Cognitive representation of semantic categories. *Journal of Experimental Psychology*, 104(3), pp. 192-233.
- Rosch, E. H. et al. (1976) Basic objects in natural categories. *Cognitive Psychology*, 8, pp. 382-439.
- Rosch, E. H. (1999) Reclaiming Concepts. *The Journal of Consciousness Studies*, 6(11-12), pp. 61-77.
- Sáez Rueda, L. (2002) *El conflicto entre continentales y analíticos*. Barcelona: Crítica.
- Searle, J. (1980) Minds, brains and Programs. *The Behavioral and Brain Sciences*, 3(3), pp. 417-457.
- Searle, J. (1991) [1965] ¿Qué es un acto de habla? In L. M. Valdés Villanueva (ed.) *La búsqueda del significado*. (pp. 431-448) Madrid: Tecnos.
- Searle, J. (1992) *Intencionalidad en la filosofía de la mente*. Madrid: Tecnos.